

iluminado desde lo alto, el Papa puede muy bien prescindir de los torpes conocimientos humanos y alejarse de "las nieblas de la ideología" (16). Un estricto ejercicio del voto de pobreza intelectual se revela entonces a cada línea. Y así, se afirma con toda solemnidad que el trabajo propio es el origen de la propiedad individual (31). Pero cómo se convierte en trabajo asalariado, o sea, en propiedad sólo de la mera capacidad laboral y en despojo de las condiciones y resultados del propio trabajo, de eso ni media palabra. El Papa sabe, eso sí, que ese trabajo ha adquirido la condición de mercancía; al limitarse a solicitar para el trabajador un salario suficiente (4, 8, 15, 34 y 47), sin embargo, cuestiona a lo más su precio y refuerza así su naturaleza mercantil.

En paralelo, de qué manera esa propiedad individual alcanzada por el propio trabajo llega a ser capital, es decir, propiedad privada sobre los medios y los frutos del trabajo ajeno, resulta otro enigma impenetrable. Desde la cátedra de Pedro no se observa ningún salto lógico entre definir la propiedad privada como un derecho a poseer lo necesario para el desarrollo personal (6), y justificar después la propiedad privada sobre los medios de producción "cuando se emplea para un trabajo útil" (?) (43). Nos basta entender que el capital consiste en "un conjunto masivo de maquinaria y bienes instrumentales" (32), lo que no es otra cosa que el milagro de la transubstanciación, esta vez bajo figura material de maquinaria. Más aún, era hora de enterarse de que la forma novísima de propiedad es "la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber" (32), que por lo visto ya no está en manos del capitalista, sino del hombre en general. En resumidas cuentas, un creyente en las tres Personas divinas tenía que caer expresamente (32) en el fetichismo de la "fórmula trinitaria" que hace 130 años ya desvelara Marx. Aquí como allá, todo se juega entre una Madame la Terre bastante devaluada, un Monsieur le Capital venido a más y un Monsieur le Travail (travestido en un conocimiento científico) que gobierna ilusoriamente sobre el resto.

Pero tampoco había que esperar del seminarista de Cracovia ni siquiera un somero barrunto de la crítica marxiana. Al fin y al

cabo, para Juan Pablo II, comunismo, socialismo y marxismo son términos sencillamente intercambiables: al fracaso práctico del primero debe corresponder, por tanto, la ruina de los otros dos (19, 26, 27, 35 y 42). Así que no hay reparo alguno en sostener que la naturaleza del socialismo consiste en suprimir la propiedad privada (12), no se dice si de la empresa o también del bocadillo del empleado. Nitampoco lo hay en considerar la lucha de clases como el medio de la acción socialista (14). Ni en deformar hasta la caricatura la visión marxiana del individuo (13) o en admitir la realidad de la explotación y alienación contemporáneas, pero rechazando indignadamente su diagnóstico marxista (41)... Su Santidad se complace, en fin, en confundir, una vez más, el materialismo metodológico (éste sí, propio de Marx) con ese materialismo moral que reduce al hombre a la esfera de lo económico (20) y que ninguna relación guarda con el otro. Si el marxismo está hoy en crisis, nada más gratificante e impune que tirar por la ventana sus ideas junto con el agua sucia de sus creencias.

Al poner entre paréntesis a cada paso el carácter capitalista de la realidad social, muchas proposiciones papales, por abstractas, rozan lo maravilloso. A propósito del fin de la producción, por ejemplo: "Quien produce una cosa lo hace generalmente (...) para que otros puedan disfrutar de la misma, después de haber pagado el justo precio, establecido de común acuerdo después de una libre negociación" (32). O sobre los beneficios: "Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente" (35). Sean fórmulas del angelismo o de la simple ignorancia, nadie negará que alcanzan cotas de difícil superación.

III. A partir de tales cimientos conceptuales, cabe deducir que las apuestas prácticas de la encíclica serán cuando menos arriesgadas. "La Iglesia no tiene modelos para proponer" (43), nos advierte el Pontífice, después de tomar en tres ocasiones (19, 35 y 42) resuelto partido por uno. Lo llamará "economía de empresa", "de mercado" o "economía libre", y su elección resulta de

distinguir -aquí sí, miren por dónde- entre un capitalismo malvado y otro decente. Es verdad que la explotación y el desempleo (15, el imperialismo sobre el Tercer Mundo (20), la exclusión de la mayoría respecto de toda propiedad, el libre mercado y su negación de toda necesidad que no sea solventable y de todo recurso que no sea vendible, los beneficios como único criterio empresarial, el consumismo indiscriminado, la destrucción ecológica (33,39)... todo ello apesadumbra el ánimo del Santo Padre. Pero no estamos ante resultados necesarios del orden capitalista, sino ante meros "riesgos y problemas relacionados con este tipo de proceso" (33). A diferencia de otros regímenes económicos, en el nuestro sólo se detectan "carencias humanas" y para su reforma bastan "los debidos cambios" (56). Eso es todo. Que la voracidad natural del capitalismo pueda moderarse es cuestión reservada a la Providencia. Pero reconocer que, en todo caso, sus cambios tendrán que ser de naturaleza socialista, eso tal vez fuera mucho pedir de Juan Pablo II.

Quien da crédito a la palabra sagrada, ciertamente, puede recurrir a la doctrina de un pecado original que nos empuja siempre hacia el mal y hace impensable el paraíso en este mundo (25). El creyente en el hombre, en cambio, no se contenta con eso. Más bien teme que la perversión resultante del sistema basado en el capital coincida con el cumplimiento de su lógica interna, mientras que el desastre derivado del socialismo exige ir contra la suya propia. Y sospecha, por lo mismo, que el capitalismo triunfa porque arraiga en la pura naturaleza humana, en tanto que el socialismo fracasa en la medida en que esa naturaleza del hombre aún no está lo bastante humanizada.

Aurelio Arteta es profesor de Filosofía Política de la Universidad del País Vasco.

Los números entre paréntesis remiten a los epígrafes de la encíclica Centésimus Annus.

**PUBLICACION DEL
PARTIDO VANGUARDIA
POPULAR**

APDO. 2009-1000 • TEL. 53-1687